

su historia, en sus tipos todos, está como el amanecer de la humanidad. Esta lira de las artes que pulsamos nosotros, este hogar que tenemos, esta familia de la cual nos sentimos tan ufanos, estas instituciones que consagran nuestro derecho, esta elocuencia que patentiza y difunde todo el verbo de la idealidad moderna, débese á la madre del humano espíritu, á esa divina Grecia, quien, para dárnoslo todo hecho, nos ha dado también revelada el alma de la mujer en su religión, en su epopeya y en su teatro.

El teatro de Esquilo es el teatro de los dioses, el teatro de Sófocles el teatro de los héroes, el teatro de Eurípides el teatro de los hombres. Toca Esquilo en la leyenda épica y toca Eurípides en el drama moderno. Sófocles se asemeja de suyo á Fidias, en que así como las estatuas de éste representan la escultura perfecta, representan las obras de aquél, por su parte, la perfecta tragedia. La Minerva del uno simboliza las divinidades helénicas en su inalterable serenidad, mientras la Antígona del otro representa la compasión, esa primera y mayor virtud-femenil, en toda su pureza. Cuando leemos una tragedia de Sófocles experimentamos la misma felicidad que al contemplar el Partenón de Atenas. Quien haya respirado en tranquila noche de luna las brisas del Mediterráneo, escuchando una melodía de las que saben componer aquellas playas y acompañar aquellas ondas, podrá concebir la perfección del arte trágico en Sófocles. El dolor lo domina, porque sin el dolor no habría tragedia en el mundo, ese arte consagrado á la expresión de

aquellos escalofríos que á la continua sacuden los nervios y de aquellos horrores que á la continua turban las almas. Pero en el dolor mismo hay la serenidad completa de una clásica estatua doliente, cuya pena y tristeza no dañan su hermosura inmortal, como nuestras nubes y nuestras noches no entenebrecen el sol. Todo cuanto del arte clásico hase dicho en siglos de siglos tócale á estas perfectas obras clásicas. En ellas se compenetran la forma y el fondo como en nosotros el alma y el cuerpo. Todo allí es proporcionado y armónico cual en los templos griegos. El pensamiento no aspira de ningún modo á llegar allende lo que la propia naturaleza le impone. La pasión tampoco se desconcierta nunca. El color y la línea de sus figuras armoniosamente se corresponden. Las actitudes siempre son nobles. La palabra no desciende á lo chocarero ni sube á lo sublime; se queda en serenas regiones de cielo azul y de luz perpetua. Cuando asistís al Prometeo asistís á los dolores de un dios. Todo aparece allí titánico y en desproporción sublime con la naturaleza humana como fuera de los límites donde nuestras acciones deben contenerse y encerrarse. Pero cuando asistís al Edipo creí asistír á los dolores de un hombre. Para mí la casta Venus de Milo y la dulce Antígona de Sófocles representan el arte griego en toda su verdad. No podéis ver la una sin oír los exámetros arrullados por los ruiseñores de Colonna; y no podéis oír á la otra sin que la diosa, vestida con su manto de Paros, aparezca delante de vosotros con todas las graciosas proporciones alcanzadas por el cuerpo hu-

mano en el arte antiguo y con toda la melodía suave de sus armoniosas ideas.

En el mundo antiguo hay dos terribles divinidades llamada la una Destino y llamada la otra Némesis. Esta última representa la cólera de los dioses contra los hombres. Habiendo concedido los criadores á sus criaturas la inteligencia, temen que con ella se divinicen y escalen el Olimpo hasta convertirse los humanos en divinidades. De aquí su cólera, de aquí su Némesis. Por modo tan poético explicaban los antiguos aquellos acerbos dolores, compañeros de las grandezas humanas en sus dolorosas historias. La redención exige un martirio llevado, para más desgracia, por el redimido al redentor. Desde Prometeo á Esculapio, y desde Esculapio á Sócrates, y desde Sócrates á Cristo, y desde Cristo á Galileo, y á Colón, todos los redentores han padecido y todos han pagado bien cara la inmortalidad conseguida para su nombre y para su historia con el bien que nos han hecho. Esta cólera divina es como la musa del arte al pasar por la mente y por la inspiración de Sófocles. El gran poeta nos trazará la Némesis ó el combate de las divinidades con los genios superiores, que tanto deben sufrir, una pasión tan larga y tan acerba, sobre nuestro misérrimo suelo. Némesis tiene puesto el dedo sobre la boca en el sitio donde los efectos comienzan á descender de las causas, para que no pregunte por aquéllas ninguno de éstos y sigan todos á una su curso sin remontar y sin subir á las causas. Quien pretenda saber demasiado, sobrepujando la nativa ignorancia del hombre; quien pre-

tenda también demasiada felicidad rompiendo las humanas contingencias, verá de pronto aparecer á Némesis airada que lo empujará con fuerza invencible á las tinieblas perpetuas y á los dolores perdurables de nuestro bajo mundo. Al descubridor que ha puesto alas en las naves como creando una especie animal nueva, desconocida por los dioses; al médico que ha traído un remedio para prolongar algunos instantes la pasajera vida mortal; á los jóvenes mismos que han tocado la meta en Olimpia y recibido el premio, Némesis les muestra cómo el ojo de la envidia divina los persigue por todas partes, y cómo la tumba implacable bosteza terrible á sus plantas. O no cabía tragedia en la serenidad olímpica del antiguo arte, ó esta diosa representa y personifica lo esencialmente trágico, todo el infranqueable límite puesto á nuestros deseos y aspiraciones en este nuestro bajo y triste mundo.

Las divinidades antiguas iban creciendo y purificándose á una en el progresivo desarrollo de la conciencia humana. Primeramente Homero había convertido los dioses naturales en dioses humanos. Del seno de la naturaleza inorgánica, divinizada por los viejos pelasgos, habíase desprendido la divinización de la naturaleza orgánica. Tras Homero llegaron los escultores, y no encontrando hermosura más perfecta que la forma humana, con tal forma revistieron á sus dioses. Tras los poetas épicos y escultores clásicos llegaron estos inmortales dioses que generan la tragedia griega. En Esquilo parecen mayores los protagonistas, pero también más

terribles y más airados los dioses. En Sófocles todo es más humano, todo, hasta las divinidades. Su nombre representa el áureo anillo entre los tiempos hieráticos y los tiempos científicos. Tras él vendrá la filosofía para humanizar más y más la religión. Por consiguiente, Sófocles, cumpliendo con su ministerio histórico y realizando el plan ideal de las antiguas artes, dulcificará la Némesis, quien irá poco á poco pasando por sucesivos grados de cólera implacable á medida justicia. Él, y sólo él, habrá dado la idea bajo cuya norma nos la presentan en los grandes tiempos con el codo levantado en señal de mesura y el freno apercebido en señal de que refrena las malas pasiones. Aquella musa trágica, inseparable compañera del destino antiguo, nacerá como Venus de las espumas del mar, y como Venus sabrá sonreirse placentera después de haber atravesado el alma creadora de Sófocles. Quien de tal suerte humaniza las diosas divinizará las mujeres. Aquella compasión por todos los dolores puesta en el corazón de los varones á la virtud y á la eficacia del alma de la mujer, eterna educatriz, por madre, del género humano, resaltará en los inmortales tipos de Sófocles. No se conoce, no, en ninguna de las espirituales manifestaciones cuánto la vida se ha pulido, y los dioses se han humanizado, y el pensamiento se ha puesto en guisa de sol á iluminar todas las esferas, como se conoce aquí en este teatro de Sofocles tan proporcionado y tan armonioso por su ritmo como el Júpiter y el Partenón de Atenas. Esas almas de mujer, por tiernas, por delicadas, por amorosas, representan el floreci-

miento de las sociedades humanas, su primavera, y parecen mariposas tendiendo por todas partes las pintadas alas y bañándose á una en el aroma de las flores. Las mujeres de Sófocles tienen ya el eterno carácter femenino que la naturaleza puso en el sexo bello y que, alterado rudamente por los tiempos primitivos, debía renacer y brotar de una civilización más avanzada y culta. El tiempo había dado con su cincel tantos golpes en la materia, presentada y ofrecida por las sociedades asiáticas y antiguas, que debía surgir á su cincel esa increíble y hermosa estatua de suma perfección, á cuyos piés rendirán parias y homenajes todas las generaciones y sobre cuya frente lucirá el estrellado cielo de todos los grandes ideales.

¿Quién desconocerá la parte de fatalidad reinante con imperio incontrastable sobre todos nosotros al columbrar la sombra del Edipo ciego en el arte y en la historia? Un oráculo hale dicho cómo está destinado á matar al padre que le prestara su sér y á manchar con torpe incesto las entrañas que lo echaran al mundo. Para burlar el cumplimiento de tal horóscopo, huye á la casa paterna Edipo, ignorante que había entrado en ella por adopción y no por nacimiento. Sus padres, conocedores también de la nefasta estrella bajo que naciera, lo habían mandado matar en áspero monte y le imaginaban muerto. Pero el encargado por ellos de cumplir la sentencia implacable había sentido tan grande asalto de compasión, que dejó vivo al tierno infante y le adoptaron reyes de Corinto llamados Polibio y Mérope. Al saber la suerte que le deparaban los hados é irse

de Corinto para cualquier otra ciudad donde no pudiera ocurrirle análogo peligro, encontró á Layo, su padre, quien le insultó y le apaleó, constriéndole por fuerza casi á que, cegado de la natural cólera, despertada en el agraviado por los agravios, según ley de propia defensa, le matara. Camino de Tebas había una esfinge, la cual devoraba los viandantes que no sabían responder á sus preguntas ni descifrar sus enigmas. Los hijos de Tebas demandaban un salvador que los libertase del monstruo, y resultó su salvador Edipo. No sabiendo los tebanos cómo pagarle tal servicio, casáronle con su reina viuda, Yocasta, y diéronle así en premio su tálamo y su trono regios. Hase cumplido, pues, la profecía del oráculo antiguo. Edipo ha inmolado á su padre y casádose con su madre sin saberlo ni presentirlo. Esta gran tragedia se abre á la hora misma en que tales crímenes van á encontrar su expiación. En el crepúsculo, entre la felicidad y la desgracia se abre la grande acción y surge con verdadera oportunidad el protagonista. Y á la verdad, todos hemos entrevisto en nuestra vida el Edipo rey entre los pórticos de Tebas, aclamado por el pueblo, la corona de Layo en sus sienes, el manto de púrpura en sus espaldas, iluminado por la felicidad que procura el mandar en bien de todos y marcada la frente con el nefasto sello de su horrible destino.

La peste diezma terriblemente á Tebas. Edipo investiga la causa de tal plaga y los medios de ahuyentarla. El oráculo dice que los aires continuarán pestíferos mientras aliente allí en ellos el

asesino de Layo. Edipo quiere saber quién sea, y consulta el mago más profeta y sabio de toda la comarca. Pocas escenas tan trágicas cual ésta, verdaderamente sublime. Ciego el adivino para las cosas presentes y materiales, ve la idealidad etérea de lo pasado y lo porvenir. Por ende ha visto el crimen que inocentemente perpetrara Edipo y la expiación que le aguarda. Así resístese á las interrogaciones del culpado inculpable. Pero sus preguntas le asedian en términos de arrojarlo, contra su voluntad, á respuestas mezcladas con cierto dejo de ironía. Edipo se ciega de cólera insufrible ante la resistencia, y acusa nada menos que al adivino de la castigada muerte y le conmina con amenazas y coléricas palabras. Empujado por tamaña temeridad, el adivino declara todo cuanto sabe. Impacientísimo Edipo con impaciencia vertiginosa por la verdad desnuda y completa, desconócela con ceguedad en cuanto la sabe con certeza. Una carcajada siniestra responde á la revelación trágica. Así despide al adivino y le refiere á Yocasta cuanto le han dicho. Yocasta se burla de las adivinanzas con él, asegurándole cómo su hijo, su engendro, destinado á la inmólación de Layo y al incesto en ella, murió expuesto por recóndita montaña. ¿Quién creará ya en el mundo los oráculos? Apolo debe callarse allá en su templo de la orgullosa Delfos, y la terrible Pitonisa descender de la trípode sagrada porque no la consultarán, después de tal engaño, en lo sucesivo, y no interpretarán sus palabras, faltas de significación por este palmario desacierto. Mientras los dos esposos departen así

en confianza y en alegría sobre la vanidad y sutileza de los oráculos, llega desde Corinto un emisario con importantes nuevas. En seguida Edipo lo recibe y le pregunta qué trae. La noticia nefasta de la muerte de su padre Polibio y la declaración de que había sido él un hijo adventicio, encontrado expuesto en sitio apartado de un monte altísimo. Al saber esto Yocasta, que se había reído tanto del adivino y de su anuncio, ve toda la verdad y corre hacia su estancia para ocultarse á quien resulta, por fin, en cumplimiento de los hados, hijo y esposo suyo. El infeliz, aunque advierte la turbación de Yocasta y el gesto con que ha dejado su presencia, lo atribuye todo al horror causado en su orgullo regio al saberse casada con un mísero expósito.

Edipo, en su ignorancia, se cree todavía inocente, y se burla de los dioses á más y mejor, después de sabida la muerte natural del padre á quien había conocido, y la generación suya por desconocidos, que le da perfecto motivo para creerse feliz engendro de la próspera fortuna. El coro mismo, el pueblo, propicio á un rey que lo ha libertado en otro tiempo de la esfinge y que ahora lo libertará de la peste, se pregunta si por acaso resultará hijo de una ninfa semidiosa ó de un dios aficionado á la umbría misteriosísima de los pinos y al melodioso cantar de las campiñas. Pero, poco á poco, todas estas interrogaciones van abriendo la memoria del infeliz al recuerdo viejo de que un día mató á temerario anciano en desfiladero de la Phocia, y liga esto con la nueva anunciada por Corinto de que lo descolgaron niño de una encina donde lo habían colgado

con correas en la garganta del Citerón. Entre tantas perplejidades quiere de nuevo consultar á Yocasta, y Yocasta, en su vergüenza y en su dolor, acaba de ahorcarse, y la encuentra muerta y suspendida del techo en la nupcial cámara donde se ha cometido el incesto. Entonces Edipo coge las áureas agujas en forma de corchetes con que Yocasta suspendía de sus hombros el regio manto, y se saca los dos ojos. Nada tan trágico y terrible como la figura del criminal inocente que ha puesto empeño sobrehumano en vencer al destino, y ha resultado vencido por la fatalidad reinante sobre todo el universo y contra la cual una gran parte de nuestra íntima libertad propia se rompe y estrella. Así, cuando vemos á este bienhechor de su pueblo que ha libertado una comarca entera de plagas horribles con sólo descifrar un enigma, después de haber vencido á la muerte, desgraciado, ciego, errante, hijo parricida, marido incestuoso, padre infeliz, transmitiendo á sus hijos el vínculo perpetuo de un deshonor eterno y la herencia inextinguible de una fatalidad verdaderamente adversa, nos parece ver la condensación de las lágrimas que se han vertido en todos los dolores y de la sangre que se ha derramado en todos los crímenes á causa de la irremisible contingencia que acompaña eternamente á nuestra especie.

Todas estas desgracias del rey heleno parecen como combinadas á fin de que resalte la estatua moral más bella transmitida por los antiguos tiempos, la estatua moral de Antígona. La flor en el campo, la miel y el aroma en la flor, la canción y

mb

la melodía en el ave, la estrella en el cielo, tras las noches las auroras, sobre las tempestades y las sombras el sereno y propicio luminar, todos los puertos y todas las compasiones, el cariño que socorre, la caridad que reparte sus beneficios, las piedades filiales, el bálsamo sobre las heridas, la poesía y el arte sobre las tristezas de una realidad oscura y manchada: he ahí todo lo que representa en el teatro antiguo Antígona bajo las fatalidades que pesan sobre nuestra especie y entre los crímenes que desgarran y ensangrientan nuestra tierra. Dícese con razón que simulacros tan bellos como la Venus de Milo y la Diana cazadora representan la belleza material perfecta; mas dentro de los ritos, de los principios, de los cultos comunes al viejo y clásico mundo, Antígona representa la belleza moral perfecta. Y al verla, y al encontrarla en este largo camino de la humana historia, se os aparece como el faro al naufrago, derramando fresca brisa en el horno encendido de tantas pasiones aviesas y rayo de luna en las tinieblas donde graznan y aletean tantos pájaros rapaces. Al verla, veis todo lo que ha consolado á la humanidad en su martirio. Ella es la compasión que penetra en el patíbulo de los mártires y la piedad que recoge y entierra el cuerpo inanimado de los muertos. Así, desde la hora en que apareció por la escena griega como el báculo de una vejez infeliz, no han dejado ni un punto de resonar en sus oídos los loores arrancados al humano pecho por el culto universal que se debe á estas virtudes femeninas, brotadas todas á una del amor, y sin las cuales ¡ah! sería imposible, por lo descon-

solada y nefasta, nuestra misérrima existencia. Pero veamos á la hermosa joven, tal como Sófo- cles la ideara en su alma serena y armoniosa. Descubierta el involuntario crimen de su padre, los tebanos, que le adeudaban dos grandes remedios en su vida, pues los sirvió así con sus aciertos como con sus castigos, merced á los cuales aplacara las celestes iras, esos tebanos de tan cruel ingratitud, lo abandonan, y al verlo, huyen, y de su presencia se apartan, creyéndole moralmente apestado y leproso. Los propios hijos le arrojan del trono y del pueblo que había salvado con su ciencia y esclarecido con su gobierno. Parricida, incestuoso, el hogar suyo se parece á una genmonia, los dioses lares á genios adversos, el sepulcro de los antepasados en que radica el árbol de todo humano sér á un centro de maldiciones y anatemas, sus hijos resultan al mismo tiempo sus hermanos, por lo cual toda su sangre ha entrado en corrupción y toda su vida caído en oprobio, y el templo le rechaza, y el pueblo le maldice, y no le queda otro remedio sino errar en las soledades inmensas, á merced por completo de los elementos implacables, hasta que la muerte se apiade misericordiosa de su dolor y ponga sobre sus ojos vacíos el sueño perdurable. ¿Qué será de un pobre ciego, sin familia, sin hogar, sin patria, sin penates, rechazado hasta por el sepulcro de sus mayores y andando á tientas en tinieblas eternas, porque la luz, resplandeciente alma de los demás mortales, sólo sirve con su calor para perpetuar aquella terrible desventura? El cetro se ha roto como una frágil caña y apenas

m R

le sirve de báculo; se ha trocado la púrpura en harapo sobre sus hombros enflaquecidos; la corona se ha roto, y sólo queda como una sombra de ignominia en aquella frente, donde resplandecieran otros días las mayores glorias. Quien derramó riquezas en las manos alzadas á su pródigo trono, mendiga hoy amargos mendrugos. Quien no aparecía jamás sino entre los aplausos de la juventud y el respeto de la vejez, oye resonar los pasos de aquellos que se ahuyentan y las maldiciones de aquellos que se tumultúan á su vista. El héroe, que iba en su busca para recoger el premio á la victoria; el moribundo, que le demandaba plegarias y auxilios y hasta ritos fúnebres; la viuda, que ponía en sus manos hijos y herencia porque todos le veían de virtudes resplandecientes vestido y coronado como por una tiara por su sabiduría, huyenle ahora y le creen sólo digno de castigos eternos. Desnudo, demacrado, la piel rugosa sobre los huesos doloridos, los ojos semejantes á vacías cavernas, trémulos sus labios, crispadas sus manos, el aliento como un turbión de quejidos, incierto el paso por clavársele doquier lo endereza espigas en las plantas, abrasarálo el sol, azotarálo el huracán, encontrará por cama la tierra dura como por cubierta el cielo cruel, y no le quedará otro remedio sino compadecer hasta los cadáveres insepultos, roídos por el pico de los cuervos y machacados entre las quijadas de los perros. No se conoce todo cuanto necesita el hombre de la humana sociedad hasta que la pierde y se ve por completo entregado á las inclemencias reinantes en el despiadadísimo universo. Nidos sin pájaros, domicilios sin habitan-

tes, campos sin cultivo, corazón sin amor, amor sin correspondencia y sin objeto, vivo enterrado en un sepulcro, todo cuanto podáis imaginaros de más triste se suma en las tristezas múltiples de un infeliz errante á solas por el mundo.

¿Quién le consolará? Se necesitaría un receptáculo tan grande como los lechos del Océano para contener sus lágrimas amarguísimas, y para enjugarlas un paño tan extenso como el cielo. ¿Adónde volverá los ojos? Los dioses le han infligido penas terribles antes de nacer y condenádole á una desgracia irremediable. Por su propia mano inmola el hombre de quien recibiera la vida y el propio lecho donde fuera engendrado lo macula con deshonor inextinguible. Sus hijos deben el sér á torpe incesto y no pueden asomarse al sepulcro de sus mayores ni mirar al cielo de sus penates sin descubrir por doquier la reprobación eterna y sin caer bajo el peso de una grande vergüenza. El perro tiene amo y tiene perrera; él no tiene ya en el mundo la caverna donde habitan los brutos carniceros. ¿Quién le consolará? Solamente su Antígona. Miradla. Bien puede un viejo palacio de reyes ofrecerle vivienda, una corte fastuosa ostentación y lujo, los hermanos queridos parte de la corona heredada, un héroe de regia sangre su corazón y su nombre. Antígona compendia en sí todas las virtudes propias del sexo á que pertenece, y sólo ve á su padre infeliz en el mundo, porque sólo su padre necesita los afectos más vivos y los calores más ardientes de su alma, la compasión y el consuelo. Un gran escritor la saluda como predilecta del destino, y puesta por la